

gran celebridad, Desaix, asaltarían á Lautenburgo; en el centro, Hoche en persona avanzaría sobre Wissemburgo con treinta y cinco mil hombres; á la izquierda, tres divisiones del ejército del Mosela renovarían el asalto á las posiciones prusianas de Kaiserslautern. Delante de Wissemburgo, el enemigo, que contaba sorprender, es sorprendido y rechazado, haciéndose fuerte á la altura de Geisberg, que los franceses, saltando barrancos, setos y fosos, escalan al grito de «¡Landau ó la muerte!», bajo el fuego de siete baterías, Desaix había tomado á Lautenburgo. El veintisiete entra Hoche en Wissemburgo, y el veintiocho se ve libre del bloqueo Landau, que había resistido con extraordinario vigor durante cuatro meses. Los austriacos repasaron el Rhin y se acantonaron en Philipsburgo; los prusianos evacuaron á Kaiserslautern y demás apostaderos de los Vosgos, á Gernersheim y Spira, yendo á sentar sus cuarteles de invierno en Neustadt. El duque de Brunswick envió su dimisión al rey de Prusia, saliendo disgustado y humillado de una guerra en la que se le había hecho comprometer su reputación militar y de la que nunca había esperado buen resultado.

La frontera del Rhin estaba recobrada, como lo había sido la del Norte. Francia debía sentirse orgullosa. Si había perdido mucha gente, más había matado al enemigo, y en cambio, había hecho morder el polvo á sus más temibles adversarios, Inglaterra, Austria y Prusia. La República, que unos meses antes temíase que iba á sucumbir, aparece ahora victoriosa, exuberante de vida, á la cabeza de las potencias, con generales invictos, con ejércitos entusiastas, con vigor y alientos no ya para defender las fronteras, sino para invadir las de los vecinos y llevar á todas partes los principios de la Revolución que acaba de asegurar para así.

¿Cómo se obró este milagro? ¿Tuvo parte en ello el Terror? Ninguna. No hacen falta para demostrarlo los prolijos razonamientos en que se extiende Sorel. El Terror provino del fanatismo de los partidos; la victoria, del amor del pueblo á la independencia. El Terror fué obra de unos cuantos sectarios; la victoria, obra de todos los franceses. Lo que pasó fué, que los mismos causantes del Terror fueron los directores del sentimiento popular contra el extranjero. Lejos de contribuir el Terror á la victoria, la perjudicó, por las valiosas energías que la sustrajo. Pues qué, ¿era para ser desechado, y menos en circunstancias tan críticas, el contingente de fuerza intelectual que representaban los girondinos? Pues qué, ¿no servían de nada generales como Custine y como Houchard? ¿Y no había de influir funestamente en el ánimo de los caudillos más aventajados, cuando la fortuna les volviese la espalda, el sistema de enviar á la guillotina á los jefes desgraciados? ¿Y qué decir de aquel otro sistema de encarcelar á los generales victoriosos? Prisionero un oficial por haber censurado la ineptia de los representantes en comisión, escribía á Couthon: «Cualquiera que sea mi suerte, que la patria se salve y estoy contento... Pero por instantes aumenta el peligro: vuestros generales no tienen ningún plan... Os pido que se me

oiga... Que se me deje trabajar en mi cuarto, los grilletes á los pies; hasta que los enemigos estén fuera de Francia. Estoy seguro de indicar los medios de echarlos en menos de seis semanas. Enseguida se hará de mí lo que se quiera.» Este oficial era Hoche. Couthon le devuelve la libertad; Carnot le hace nombrar general en jefe; expulsa á los prusianos y austriacos, como acabamos de ver, y unas semanas después el Comité le arresta y encarcela. Así obraba el Terror.

¡Atribuir al Terror parte de la victoria! Lo que hizo el Terror fué desviar á la revolución de su camino y traer sobre Francia todos los desastres. Es evidente que si la monarquía constitucional del noventa y uno hubiese prevalecido, ninguna potencia se habría mostrado hostil á Francia. Tampoco ofrece duda que, caso de haberse implantado la República soñada por los girondinos, guardando al rey y á su familia la libertad y el derecho debidos, la coalición no se hubiese formado; todo habría quedado reducido á unas cuantas intenciones de restauración monárquica bajo el patrocinio de Austria, semejantes á las que se produjeron en Inglaterra después de la expulsión de Jacobo bajo el patrocinio de Francia. En uno y otro caso, la nación francesa habría realizado su gran evolución de la geocracia á la timocracia; del derecho de la tierra al derecho de la persona, del absolutismo divino á la monarquía constitucional, ordenada y pacíficamente, sin interrumpir el curso de su vida, sin consumir aquel enorme caudal de hombres y de dinero, como lo efectuara un siglo antes Inglaterra. Es más. Aun después de muerto el Rey, si la política internacional de Dantón se hubiese impuesto á la de Robespierre, quizá, quizá, la coalición de las potencias se habría disuelto por sí sola. Y este punto merece que nos paremos un instante á considerarlo, porque la política de Dantón fué como el último cable tendido á la revolución, la cual, desde el instante en que lo soltó, marchó como bajel sin timón y remos por mares ígnotos, á merced de los vientos y de las corrientes, dando tumbos de escollo en escollo hasta ir á hundirse en el golfo del imperio.

Desde su advenimiento al poder, la Convención nacional se inspiró en el sentimiento de la humanidad más que en el interés de la nación francesa. La palabra fraternidad la extendió á todos los habitantes de la tierra, y se creyó obligada con todos á redimirlos, á darles los mismos derechos que ella acababa de conquistar para sí: la libertad y la igualdad. Provenía este sentido cosmopolita, que no había tenido la Revolución inglesa, de la filosofía de Rousseau y de los inciclopedistas en que se inspiraron todos los revolucionarios, sin parar mientes en que los postulados de la filosofía social son, por su naturaleza, abstractos, y que requieren para ser llevados á la práctica un porción de condiciones, en primer término, que los comprendan, amen y pidan los llamados á disfrutarlos. A impulso de aquel sentimiento, grande y noble por otra parte, la Convención decretó, el diez y nueve de Noviembre del noventa y dos, convidar á todos los pueblos á emanciparse, prometiéndoles su apoyo, y el quince de Diciembre del mismo año declarar la gue-

rra á todos los tiranos. Ni nuestro hidalgo incurriera en tamaña locura, con ser tan grandes las que llevó á cabo. Imaginábase aquella asamblea destinada á derrocar todos los tronos y dar la libertad al género humano, como nuestro pobre Manchego se figuraba llamado á desfacer entuertos, reparar agravios, derribar á los poderosos y redimir á los oprimidos. Pero los pueblos no le hicieron caso ó le volvieron la espalda, como los países rhenanos, y entonces se ocurrió esta duda: ¿Procedía emplear más tiempo en trabajar por la libertad de los pueblos contra la voluntad de éstos? Dantón, nada aficionado á quimeras y á quien rara vez abandonaba el sentido de la realidad, resolvió perfectamente el problema. Libertar á los pueblos con las armas de Francia entendió que sería, caso de derrota, la ruina del país; caso de victoria, la destrucción de la República. El general victorioso se transformaría en señor absoluto; la guerra á los reyes conduciría á algo peor que lo que se trataba de destruir, á algo peor que la monarquía, al imperio, cuyo soberano no estaría ligado por las tradiciones é intereses que regulan la voluntad del monarca. Francia debía limitarse á conservar sus fronteras naturales y afirmar sus nuevas instituciones, en la seguridad de que estas instituciones ejercerían poderoso atractivo sobre los demás pueblos, al punto que, sin necesidad de ir á buscarlos, y mucho menos de violentarlos, vendrían unos tras otros hacia ella y la imitarían conquistando la libertad. Pocas veces el pensamiento de Dantón se había producido con la solidez, acierto y profundidad que en esta ocasión. En su consecuencia, era necesario revocar los decretos de diez y nueve de Noviembre y quince de Diciembre. Alma del Comité de Salvación Pública, encargado con Barere de las relaciones exteriores, tenía sobre la materia autoridad incontrastable, como se vió en la sesión de la Asamblea, el trece de Abril del noventa y tres. Se levantó Robespierre á pedir que se decretase la pena de muerte «contra el que propusiera de cualquier manera que fuese, transigir con los enemigos» á lo que añadió Dantón muy cuerdamente, «con enemigos que no reconozcan la soberanía del pueblo», y prosiguió: «Hora es ya de que la Convención nacional muestre á Europa que sabe hermanar la política con las virtudes republicanas. Vosotros habéis votado, en un arrebatado de entusiasmo, un decreto, cuyo motivo es, sin duda, desinteresado y hermoso, puesto que os obliga á proteger á los pueblos que quieran resistir á la opresión de los tiranos. Por este decreto pudiera parecer que os comprometéis á socorrer á media docena de patriotas que quisieran llevar á cabo una revolución en China. Es necesario, ante todo, pensar en la conservación de nuestro cuerpo político y fundar la grandeza de Francia. Que la República se afirme, y no os quepa duda, Francia, por sus luces y por su energía, ejercerá atracción sobre todos los pueblos.» Dantón venció; se votó el siguiente decreto: «La Convención nacional declara en nombre del pueblo francés, que no se entrometerá de modo alguno en el gobierno de las demás potencias; pero declara al mismo tiempo, que antes se sepultará en sus propias ruinas que consentir que ninguna potencia se entro-

meta en el régimen interior de la República». Con esto, el camino de las negociaciones quedaba expedito, y Dantón se aplicó á recorrerlo entablando relaciones con las cortes extranjeras. A la política del sentimiento se sustituye la política de la conveniencia, única real y verdadera entonces, y aun hoy, por desgracia. Halló para su empresa un auxiliar muy valioso en el ministro Lebrun, persona de buen entendimiento, sentido moderado y excelente patriota; y las negociaciones que los dos de común acuerdo entablaron son de excepcional importancia, por darnos á conocer los procedimientos de la diplomacia al uso entonces, lo que cada potencia pensaba de la República francesa y la probabilidad de que, si aquella política no se hubiese interrumpido, los sucesos habrían marchado por derroteros muy diversos de los que ahora siguieron.

Se halló Lebrun con dos agentes muy hábiles: el marqués de Poterat, jacobino, barajador de negocios, que se comprometía á romper la coalición y abrir conferencias bien con Austria ó bien con Rusia, y Soulavie, abad exclaustro, libelista y conspirador de profesión, pirata de archivos, fabricante de apócrifos, menos dado, por vocación tanto como por prudencia, á tramar sediciones en el presente que á urdir en grande calumnias para la posteridad. Se dió trazas de colarse en las salas donde se habían amontonado después del diez de Agosto los papeles de Luis XVI, é hizo su Agosto llevándose autógrafos que ya no se han vuelto á ver: Memorias, que dió á luz más tarde, y documentos que publicó en la primavera de mil setecientos noventa y tres con el título de: *Politica de todos los Gabinetes de Europa bajo Luis XV y Luis XVI*, en donde se contiene la sustancia de la diplomacia secreta del conde de Broglie, varias memorias de Vergennes y las *Conjeturas razonadas* de Favier. Estas conjeturas, conocidas solamente de los adeptos, famosas á pesar de no haberse dado á la publicidad, eran como el Evangelio de la diplomacia para todos los adversarios del antiguo régimen, encumbrados desde mil setecientos noventa y dos á jefes de bando. En concepto de todos estos agentes y consejeros oficiales, era la diplomacia cosa baladí, fundándose en que, gobernada Europa por principes avaros y ministros sin conciencia, nada tan fácil como atraerlos por la codicia y ganarlos por el lucro, sin pensar en que ni todo el oro de Creso ni todos los dominios del gran Alejandro hubiesen bastado á satisfacer aquel semillero de codicias y ambiciones. Lo mismo pensaba Desportes, quien, habiendo sido enviado á la República de Deux-Ponts, escribía: «Supuesto que la paz es necesaria para el triunfo y propagación de nuestros principios, veamos si los ambiciosos deseos de un déspota pueden coincidir por un instante con nuestras vistas revolucionarias.» Coincidencia imposible, y en vano se deshilvanara. los sesos el propio Desportes para urdir un plan de reconstitución de Alemania mediante la secularización de los Estados eclesiásticos, dando al rey de Prusia parte del electorado de Colonia y el país de Juliers; á Baviera, el electorado de Tréveris; el resto de éste, á Colonia, y haciendo de Maguncia una república.

Todo el mundo empleaba su pensamiento en recoger informes y fraguar combinaciones para conseguir la paz, formándose de todos estos juicios y disertaciones un diseño de política general, que en ninguna parte aparece tan fielmente expresado como en el documento: *Ideas sobre un plan de pacificación*, escrito para instrucción de los representantes comisionados en los ejércitos. Veamos lo que Francia quería. «Hay condiciones, dice la Instrucción, de las que la República no puede prescindir en modo alguno, y sin las que declara solemnemente que no prestará oído á ninguna proposición de paz», y son: el reconocimiento de la República, el compromiso de no inmiscuirse en el gobierno de Francia, el abandono del pretendido regente con los emigrados y, en lo que concierne al Austria, la devolución de los ciudadanos entregados por Dumouriez. «La República está resuelta á reentrar en sus antiguos límites, pero no quiere que se pacte esto como condición preliminar para cualquier negociación;» guardará los territorios que ocupan sus ejércitos, porque abandonar una prenda sería una imprudencia «sin ejemplo,» y porque es necesario conservar instrumentos de cambio; no devolverá ninguna de las plazas enclavadas dentro de sus dominios, ni Mulhouse, ni Montbeliard ni Aviñón; procurará, mediante indemnizaciones ó cambios, rectificar sus fronteras y darse «límites naturales, cuya fijación le asegure un territorio continuo desde el centro hasta los distintos puntos de la periferia,» sin ir más allá; se compromete á desautorizar la propaganda, y ofrece que la Convención adoptará medidas de importancia acerca de los prisioneros del Temple; no perturbará al Austria en la posesión de los Países Bajos, salvo que los permute por Baviera, lo que sólo respetará si se establece en ellos una especie de *statu quo*, con un príncipe de la casa de Prusia; no sancionará el reparto de Polonia, ni lo combatirá tampoco, prometiendo callarse, si los coparticipes se contentan con un simple «no oposición;» no devolverá la Saboya ni Niza, pero accede á que se indemnice al Piamonte, mediante un reparto de los Estados Pontificios entre la República de Venecia, Nápoles, Toscana y el infante de Parma, dándose á éste Roma á cambio de ceder al Piamonte Parma, Placencia y Guastala. «El Papa quedará como simple obispo de Roma, con asignaciones en metálico que le permitan sostener la dignidad de jefe de la Iglesia, título que se le conservará á todo trance «para contentar á las naciones católicas.» «Con Inglaterra, nuestra enemiga encarnizada, se tratará de negociar la paz dirigiéndose al partido de oposición y apelando á la opinión pública.» En cuanto á procedimiento, no había otro que separar de la coalición, por tratados particulares, á las potencias dispuestas á la paz; combatir á las otras á sangre y fuego, ligando con ellas á todos los Estados que por enemistad ó interés, pudiesen asociarse á la República tales como Suecia, Dinamarca y Turquía.

Tal es el programa que Dantón y Lebrun se aplicaron á desarrollar. Despacharon numerosos agentes á las diversas potencias para desfilas insinuaciones, proponer cambios

y preparar combinaciones. Chepi fué á Ginebra; Soulavie, á Valais; Desportes, á Deux-Ponts; Semonville, á Toscana; Descorches, á Constantinopla, y Caillard, de plenipotenciario á la dieta de Ratisbona. La Convención votó seis millones para el ministro de Negocios extranjeros, «medida indispensable para saber lo que nuestros enemigos traman.» Son curiosísimas las instrucciones de Lebrun á los agentes diplomáticos. «Se trata de un reparto de Polonia, escribía á Descorches el veinte de Abril, y por esto, la resistencia de Francia mortifica á los prusianos, impidiéndoles moverse contra los polacos. También Austria quería tener las manos libres, y se halla dispuesta como las otras á un acomodo. Recibimos sus insinuaciones por Florencia y por Nápoles, y el general Coburgo, que manda en la frontera, nos envía á diario proclamas, invitaciones y otros escritos, que respiran paz y moderación, bien que sigue hablándonos de monarquía y de constitución del ochenta y nueve.» Pero el Austria renunciará á estas pretensiones; el interés se lo impone. «Por tanto, la paz no es imposible, ni siquiera con Austria, y aunque nada se han entablado todavía, las negociaciones pueden abrirse de un instante á otro. En cuanto á Polonia... ¿qué inconveniente hay en dejar que los sucesos sigan su curso? Rusia se acercará al centro de Europa; al hacerse accesible se hará vulnerable, y crecerá la rivalidad entre ella y los otros dos Estados coparticipes. La Puerta, con el apoyo de Francia, podrá tener el de Prusia, la cual, poseyendo á Danzig, codiciará el comercio de Levante. En todo caso, que los turcos se armen, que estén prevenidos y que teman, si se confían á Prusia y Austria, que estas Cortes los entreguen á Rusia.»

De las buenas disposiciones de Prusia á la paz, eran pruebas las cordiales relaciones que mantenían en la frontera los oficiales del ejército de Brunswick y los del que mandaba Custine, á quien escribía Lebrun el veinte de Abril: «Prusia es aliada natural de la República, y hora es ya de que abra los ojos. Son sinceras sus manifestaciones? Nos importa saberlo, y contamos con usted para que nos informe. No tengo necesidad de repetir á usted que no se trata de entablar negociaciones, sino tan sólo de penetrar las intenciones de los prusianos. Ruego á usted que siga departiendo con los oficiales enemigos sobre todos los extremos que puedan revelar las intenciones de sus jefes, ajustándose usted, sin reserva de ningún género, al decreto vigente sobre la materia.» Para activar estas negociaciones, se apeló á excitar los recelos de Prusia simulando gestiones con Austria. Léese en las instrucciones de Lebrun á Semonville, enviado junto al gran duque de Toscana: «Tendrá usted cuidado de adoptar la actitud más conveniente para que los ministros de las potencias beligerantes, mayormente los del Rey de Prusia, entren en recelos sobre la posibilidad de un acomodo de la República francesa con Viena... Alarmar al gabinete de Berlín es, en suma, en lo que deberá ocuparse el ciudadano Semonville... al objeto de desunir la liga y atraernos á Federico por esta ficción.»

En la instrucción dirigida el doce de Mayo á Noël, ministro en Venecia, se descubren